

[276:4]

LUCHAS HEROICAS,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA

Y

D. ARTURO GIL DE SANTIVAÑES.

Estrenado en el Teatro ESPAÑOL, á beneficio del primer actor D. Miguel Cepillo, en 2 de Marzo de 1877.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARÍA.....	SRA. MARIN.
JAIME.....	SR. CEPILLO.
EL NOY.....	SR. FERNANDEZ (D. Mariano).
DON PEDRO.....	SR. OLTRA.
DON MARIANO ÁLVAREZ. ...	SR. BENAVIDES.
EL BARON DE ROCAMIR.....	SR. VICO (D. Manuel).
EL XICH DE LAS GUILLAMAS..	SR. MORENO.
Génte del pueblo, soldados, acompañamiento, etc.	

La accion en Gerona: año de 1809.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

340.62
Sp 29
V-276 v. 4

AL ILMO. SEÑOR

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

En prenda de cariño,

Los autores.

Don Francisco



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

ACTO PRIMERO.

Plazoleta: al fondo una iglesia y casas medio destruidas. Á la izquierda la tapia de un jardín, que se prolonga indefinidamente. En algunos edificios se notan las huellas del incendio. De vez en cuando se oye el toque de una campana que anuncia el disparo de una bomba sobre la ciudad.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO y MARÍA.

PEDRO. (En el umbral de la puerta de su casa y dirigiéndose á los que se supone quedan dentro.)
Cuidad de todo vosotros
y avisad si algo ocurriera.
—Vamos, María, ya es hora
del rosario.

MARIA. Pobre iglesia!
Milagro de Dios parece
que sus muros se sostengan!

PEDRO. Es verdad. (Campanada.) Oh! la campana!
Otra bomba! Pronto, entra,
guarécete en casa.

MARIA. No,
no es preciso.

PEDRO. (Guareciéndola en la casa.) Tu existencia
es el único consuelo

que en mi ancianidad me queda.

MARIA. Ah, Pedro...

PEDRO. Pasó el peligro.

MARIA. Qué pasó? ¡Si nunca cesa!

PEDRO. Es verdad; mas no aumentemos hablando de él nuestras penas.

(Pausa breve.)

Hoy hace un mes, hija mia, que nos casamos, ¿recuerdas?...

MARIA. Sí á fe.

PEDRO. Desigual consorcio, segun se dice y comenta, cual si no hubiera en el mundo uniones como la nuestra.

Ejemplo eterno y constante la misma naturaleza.

¿No se enlaza el frio invierno con la gentil primavera?

Ademas yo me he casado...

MARIA. Por dar un nombre á esta huérfana.

PEDRO. Por darle vida á mi vida triste, cansada y enferma.

Por eso al verte en peligro mi pecho vacila y tiembla.

MARIA. Temblar? Ahora es necesario demostrar mayor firmeza que nunca. El deber te obliga; ocupas la Presidencia de la Junta de Gerona; eres alcalde, y es fuerza cumplir los altos deberes que tu honroso cargo engendra.

PEDRO. Cargo penoso, ó más bien que cargo, carga funesta. Pero en vano he pretendido resistir; con insistencia Álvarez me lo ha mandado.

MARIA. Dándote en ello una prueba de la mucha confianza que le inspira tu nobleza.

PEDRO. Pues yo me hubiera pasado perfectamente sin ella.

MARIA. No digas eso, ¿y la gloria
del triunfo?
PEDRO. Calla... alguien llega.

ESCENA II.

DICHOS y el BARON.

BARON. Dios guarde á mis buenos primos.
PEDRO. Y á tí tambien.
MARIA. Con él vengas.
BARON. ¿Dónde bueno el matrimonio?
PEDRO. Yo á la junta.
MARIA. Yo á la iglesia.
BARON. Y yo á casa: vengo harto
de andar calles y plazuelas
sin ver un alma viviente!
¡Qué hermosura!
MARIA. ¿Tan desierta
se halla Gerona?
BARON. ¡Preciso!
Están cubriendo la brecha
los hombres, y las mujeres
escondidas en las cuevas.
Unos viven entre el fuego,
otros en hondas tinieblas
y á dos pasos de la muerte
que sin cesar nos acecha.
Bonita vida!
PEDRO. María,
vé á rezar; vé á la Novena
y pide á Dios por los vivos.
MARIA. Yo imploro de su clemencia
compasion para los muertos.
PEDRO. Tienes razon; reza, reza
por ellos... Entre su número
mi pobre Jaime se encuentra.
MARIA. Ah! Jaime! (Con dolor.)
BARON. Sí... Pobre chico!
PEDRO. Tan bravo!
BARON. Sí que lo era.
PEDRO. Dia horrible el dos de Mayo;

- con varonil violencia
se lanzó á la lucha en contra
de las legiones francesas.
- BARON. Y el pobre encontró la muerte
en la hermosa primavera
de su vida; fué una lástima.
Pero qué diablos, paciencia.
- PEDRO. Vé á rezar. (Á María.)
- MARIA. No hay más consuelo.
- PEDRO. Dios en su gloria le tenga.

ESCENA III.

DICHOS, ménos MARÍA.

- PEDRO. Vóime á la junta.
- BARON. Despues.
Tenemos ántes que hablar.
Es necesario ultimar
un asunto de interés. (Pausa breve.)
¿Conque al fin alcalde?
- PEDRO. Sí.
Don Mariano se empeñó.
- BARON. Mejor para todos.
- PEDRO. No.
- BARON. ¿Cómo?
- PEDRO. No espere de mí
nada el francés.
- BARON. Cuadran mal
tus frases con lo acordado:
á mucho se halla obligado
don Pedro de Fontanal.
- PEDRO. Á nada. Yo me obligué
á evitar con mi influencia
esta tenaz resistencia:
al hacerlo, me inspiré
en el ardiente deseo
de hallar un modo, una traza
de libertar á la plaza
del asalto y del saque●●.
Mas fué sólo mi persona
la comprometida; hoy

no es lo mismo, porque soy
el alcalde de Gerona.

Y harto bien tu juicio alcanza,
que fuera crimen sin nombre
vender al pueblo y al hombre
que hacen de mí confianza.

BARON. (Con intencion.)
Augereau (1) debe tener
una carta tuya.

PEDRO. Sí.
Mi vida comprometí.

BARON. Yo la mia.

PEDRO. Puede ser;
pero si observas verás
que al tratar de esta campaña
yo sólo pienso en España.

BARON. Y yo lo mismo.

PEDRO. Quizás.

BARON. Por eso al obrar así
como la intencion es buena,
mi conciencia está serena.

PEDRO. Lo mismo me pasa á mí.

BARON. ¿Á tí, primo?

PEDRO. Sí en verdad;
yo cumpliré mi deber.

BARON. Entónces debes hacer
que se salve la ciudad. (Pausa.)
Tiende la vista en redor.
¿Qué es lo que observan tus ojos?
Destruccion, llanto, despojos,
luto, miseria y terror.
Sin castillos, sin soldados,
sin armas, sin municiones,
inútiles los cañones,
los víveres agotados,
la ciudad casi deshecha,
la fiebre en ella asentada,
la resistencia agotada
y franca y fácil la brecha;

(1) Pronúnciese Osseró.

ya ¿qué quereis conseguir
ni qué podeis esperar?

PEDRO. Aún podemos alcanzar
el alto honor de morir.

BARON. Mas si así no se redime
de España la desventura,
¿no es luchar una locura?

PEDRO. Tal vez sí, pero sublime.
Cuando con rudo valor
veo á España hacer la guerra
disputando audaz su tierra
palmo á palmo al invasor;
defendiendo sus sagrados
é indisputables derechos,
sin más muros que los pechos
de sus hijos esforzados,
siento alzarse en mi conciencia
voces que el alma me hieren,
y hasta envidia á los que mueren
al grito de independenciam!

BARON. Ó dices lo que no sientes,
ó das acaso al olvido
que en España no hemos sido
ni somos independientes.
Sin más ley que los antojos
de uno y otro favorito,
vivimos ahogando el grito
de nuestros fieros enojos.
Y es un hecho que subleva,
que rijan nuestra fortuna
ó don Álvaro de Luna
ó Beltranes de la Cueva.

PEDRO. Eran otros tiempos. Hoy
nuestro destino ha cambiado.

BARON. (Con intencion.)
Hace poco que ha bajado.
de su pedestal Godoy.

PEDRO. Dios mio!

BARON. El hombre fatal
que elevado por la suerte
hizo siempre guerra á muerte
al nombre de Fontanal.

- Firmado en Fontainebleau. (1)
- PEDRO. ¿Pero tú cómo has podido?...
- BARON. Hoy mismo lo he recibido
del general Augereau.
Ya ves que puedo probarte
lo que te digo, con hechos.
Mira, todos sus derechos
cedidos á Bonaparte.
- PEDRO. Ah! Pues si el rey abdicó
¿en favor de quién luchamos?
Vale más que nos rindamos.
- BARON. Está claro; ¿cómo no?
Así cumples tu deber
y eres al rey obediente.
- PEDRO. Sí, más...
- BARON. Calla! Viene gente.
- PEDRO. (Yo traidor?... No puede ser.)

ESCENA IV.

DICHOS y el NOY.

- NOY. (Saliendo agitado y furioso.)
Gracias á Dios que le encuentro:
señor. (Á D. Pedro.)
- PEDRO. ¿Qué es lo que te pasa!
- NOY. ¿Qué me ha de pasar? Que traigo
repodridas las entrañas;
que mi cuerpo se estremece
cual si tuviera tercianas,
y que aquí va á ver más leña
que leña hay en la montaña!
¿Canallas! ¿Pues no murmuran?
¿Pues no se quejan? ¿Canallas!
Si yo fuera don Mariano,
juro á usted que les cambiaba
por ruelas las escopetas
y los calzones por faldas.
¿Rendirse!

(1) Pronúciense Fontenebló.

PEDRO. ¿Qué es lo que dices?

NOY. Uff!... la lengua se me traba!
Rendirse Gerona!

PEDRO. Explicate.

NOY. Si es que puedo.

BARON. Vamos, habla.

NOY. Pues fué de modo y manera
que hará dos horas escasas,
se juntaron cuatro tunos,
cuatro pillos en la plaza,
y con el pretexto tonto
de que el pan escaso anda,
de que nadie nos ayuda
y de que el francés avanza,
con más miedo que vergüenza
trataron aquellos mandrias
de entregar la plaza.

PEDRO. ¿Cómo?

BARON. Lo ves, Pedro? Ya desmayan.
Y en qué ha parado la gresca?

NOY. En qué paró? Pues en nada.
Mas la cosa traerá cola,
pues el Xich de las Guillamas,
que tiene el alma más negra
que el ala de un cuervo, hablaba
de abrir las puertas, el día
que le tocase de guardia,
á él y á otros cuatro bribones
vendidos á los de Francia.

BARON. (Ap.) (El Xich es un mozo listo.)

NOY. Y lo que me dió más rabia
es que dijo, que hay algunos
señorones de importancia
aquí, que á los enemigos
ayudan.

BARON. (Ap.) (Ah! Torpe!)

NOY. Vaya.

Ya ve usted. ¡Como si eso
fuera posible! Caramba!
¿Qué ha de haber?

BARON. Aquí ninguno
hace traicion á su patria.

Todos á su bien aspiran
y en su sacro amor se inflaman;
pero en eso como en todo
son las opiniones varias.

NOY. No puede haber más que una.

BARON. ¿Cuál?

NOY. Morir en la muralla!
Y al que otra cosa predique
se le cuelga y santas pascuas.

PEDRO. ¿Y don Mariano?

NOY. No sabe
de todo esto una palabra.
Pero usted debe decírselo.

PEDRO. Oh! Se lo diré sin falta.

NOY. Y yo, si ántes que él lo sepa
veo que el Xich se desmanda,
por mi nombre, que le meto
dentro del cuerpo una bala. (Rumor fuera.)

PEDRO. ¿Eh?

BARON. ¿Quién promueve ese ruido,
sí acabó ya la jarana?
(El Noy se dirige hácia donde suena el rumor.)

PEDRO. ¿Qué sucede, Noy?

NOY. Parece
que vuelven á las andadas.
Vienen hácia aquí. ¡Bribones!

BARON. (Ap. y con satisfaccion.)
(Pues señor, la cosa marcha.)

ESCENA V.

DICHOS el XICH, capitaneando un tropel de gente del pueblo, compuesto de hombres armados y algunas mujeres.

XICH. (Capitaneándolos á todos.)
Vamos, chicos, adelante.
Á mí me sobran agallas
para decir á cualquiera
que ya no nos da la gana
de andar á tiros, comiendo
harina podrida y ratas.

NOY. (Á D. Pedro.) (Ya lo oye usted!)

PEDRO. (Al grupo.) ¿Qué os ocurre?

XICH. Que ya las fuerzas se acaban
y que ha llegado el momento
de que se rinda la plaza.

NOY. ¡Por San Narciso bendito,
que ayer sacamos en andas
en medio del tiroteo,
no sé cómo aguanto!...

PEDRO. Basta.

(Se dirige á los del grupo.)

¿Y acaso ignorais vosotros
que exige á veces la patria
que sus hijos sacrifiquen
hasta la vida en sus aras?

XICH. Ya hemos sufrido bastante.

PEDRO. Si ya, por desdicha, os faltá
el valor del sufrimiento,
no tengais el de la audacia.

XICH. Veremos al general,
y quiera ó no quiera...

BARON. Es vana

tu pretension; don Mariano
no se rendirá por nada,
que aunque es cierto que la brechá
se encuentra expedita y franca,
aunque cien y cien cañones
nuestra destruccion amagan,
y un ejército potente
con generales de fama
al asalto se dispone,
y penetrará en la plaza
ébrio de gozo y de gloria
y sediento de matanza,
todo eso vale muy poco.

¿Qué importa á nadie que arda
la ciudad?... Que se destruyan
nuestras iglesias y casas,
y que tengamos por premio
de tan sublime constancia,
los hombres, tormento y muerte,
las hembras, deshonor y lágrimas?

XICH. Oh! No será. (Asentimiento general.)

- PEDRO. Pero en cambio,
si la poblacion se arrasa,
emularemos las glorias
de Sagunto y de Numancia.
- XICH. Nosotros no pretendemos...
- NOY. ¿Que no pretendemos?...
- PEDRO. Basta.
Qué ha de bastar? Oh!
- XICH. Seguidme
- NOY. (Interponiéndose con resolucion y sacando un cuchillo ó navaja.)
Atrás... De aquí nadie pasa.
Al primero que se atreva
le divido las entrañas.
- XICH. Paso Noy!
- NOY. Lo dicho, dicho.
- XICH. ¡Así un hombre os acobarda!
¿Dónde está vuestro coraje?...
Adelante!
- NOY. Atrás canalla!
(Momento de confusion: todos se arrojan sobre el Noy. En este momento aparece D. Mariano con dos ó tres oficiales y acompañamiento.)

ESCENA VI.

DICHOS, D. MARIANO Y ACOMPAÑAMIENTO.

- MAR. ¿Qué es esto?
- XICH. (Retrocediendo.) Dios soberano!
El general!
- MAR. (Severo.) ¿Qué sucede?
Vamos, responded. ¿No puede
hablar nadie?
- PEDRO. Don Mariano...
- MAR. ¿Usted, don Pedro?... Me agrada
verle aquí... ¿Qué ha sucedido?
- PEDRO. Nada don Mariano... ruido...
unos gritos... en fin, nada.
Los pobres...
- MAR. (Al Xich.) Vamos á ver:
pronto, dos pasos al frente.
¿Por qué hay aquí tanta gente?

- ¿Quieres ó no responder? (Silencio.)
NOY. (Avanzando.) No, lo que es yo no me callo.
Si usía me da licencia
para... si quiere vucencia....
- MAR. Habla con mil de á caballo.
NOY. (Confuso y dando vueltas á la barretina.)
Pues estas gentes están
pensando en mil fruslerías,
porque dicen que há tres días
que no saben lo que es pan.
Y amigo todo este enjambre
de pasar la *vita bona*,
pide se rinda Gerona
para no tener más hambre.
- MAR. ¡Rendirse Gerona!
NOY. Sí.
Algo de eso se trató,
pero Dios hizo que yo
me encontrase por aquí...
y al oírles desbarrar
les hablé... vamos, al alma.
Y ahora ya está todo en calma,
y pare usted de contar.
- MAR. Está bien: yo no creía
que esta ciudad encerrase
gente que se propasase
á tan torpe cobardía.
Mas supuesto que la encierra
y en ella alientan traidores,
la impondremos los rigores
de las leyes de la guerra.
(Dirigiéndose á uno de los oficiales que le acompañan.)
Que se eche al punto un pregon
concebido de esta suerte:
«Será condenado á muerte
quien hable de rendicion.»
- NOY. (Me lo comería á besos. (Entusiasmado.)
Esto se llama ser hombre.)
- MAR. Yo enfrenaré, por mi nombre!
tan criminales excesos.
- BARON. (Alma de acero! (Á D. Pedro.)

- PEDRO. (Id. al Baron.) Así es.)
MAR. ¿Quereis á Gerona? (Dirigiéndose á los del grupo.)
TODOS. Sí.
MAR. ¿Quereis se aleje de aquí
avergonzado el francés?
TODOS. Sí, sí.
MAR. Pues á la muralla.
Sobre los muros deshechos
construid con vuestros pechos,
lentos de arrojó, una valla
que para el torpe invasor
será más que muro, abismo
que abrirán el patriotismo,
la constancia y el honor.
(Con misterio. Todos le rodean.)
Y oid. Gentes de la sierra
dicen que busca una traza
Blake (1) para antrar en la plaza
armas y efectos de guerra.
Muy pronto nuestros cañones
tendrán alimento.
NOY. (Entusiasmado.) ¡Bien!
PEDRO. Y pan entrará también!
MAR. No sé... ¡Vendrán municiones!
BARON. Sin pan, aunque haya valor,
la defensa será corta
y moriremos.
MAR. No importa.
BARON. Qué?
MAR. Se salvará el honor.
BARON. No es para Francia un misterio
el trance en que nos hallamos.
¿Á dónde nos retiramos
cuando entre aquí?
MAR. Al cementerio.
NOY. Justamente, allí.
BARON. (Ap.) (Lo dudo.)
MAR. (Á D. Pedro.) D. Pedro, como esta noche
espero que en el aproche

(1) Pronúciase Blak.

el combate sea rudo,
mande usted que conïpresteza
se reparta una racion
de pan, en la proporcion
de seis onzas por cabeza.

PEDRO. Está bien, mi general.

NOY. Seis onzas!... Vaya un derroche!
Vamos, chicos, que esta noche
no lo vais á pasar mal.

BARON. (Á D. Pedro.) (Y el pueblo imbécil se calla.)

MAR. Vamos, que aquí somos muchos;
las hembras á hacer cartuchos,
los hombres á la muralla.

(Todos saludan y salen delante de D. Mariano. Don Pedro y el Baron le acompañan.)

ESCENA VII.

EL NOY.

NOY. Por San Narciso bendito
nuestro patron, que es un hombre
el gran Alvarez... más vale
que cincuenta batallones.
Pero ese Xich del infierno...
yo tendré cuidado... Vóyme
á recoger la escopeta,
y si atacan esta noche
los franceses, por lo ménos
voy á despachar á doce.

(Va á entrar en la casa, pero al ver á María, que sale de la iglesia, se detiene.)

ESCENA VIII.

DICHO y MARÍA.

MARIA. (En la puerta de la iglesia.)
¡Cómo alivia la oracion!
Parece que ahora me siento
con más fuerza y más aliento.

NOY. Hola, ¿concluyó el sermon?

MAR. Aún no.

NOY. Rezar? Eso es bueno.
Vaya!... yo tambien lo haría
á tener, doña María,
el corazon más sereno.
De fijo habrá usted rezado
por el que come la tierra!
por Jaime!... ¡Maldita guerra!
MARIA. Por Jaime. ¡Ah! sí.

NOY. ¡Desgraciado!
Usted tambien le quería
como un hermano, señora;
pero qué es eso? Usted llora,
¡maldita lengua la mia!
¡Quién me manda recordar
al pobre, que ya murió?
No me haga usted caso: yo
cuando empiezo á desbarrar...
Pero qué la pasa á usted?

MARIA. Á mí, nada!

NOY.

Friolera!

Si está usted como la cera
de blanca. Pero ya sé...
de fijo ha dado á algun pobre
su racion de pan ¿no es eso?
Muy mal hecho, yo confieso
que es bueno dar lo que sobre,
pero dar lo necesario
y quedarse sin ver luz,
lo hizo sólo el que en la cruz
murió, en el monte Calvario.
¡Yo no hago tal!... Me domina
un hambre de tomo y lomo,
y cuanto más pan me como
siento un hambre más canina.
Voy siempre por los rincones
buscando algo de provecho,
y siempre estoy en acecho
para cazar provisiones.
Ayer ví, desde la esquina
de la posada del Sordo,
que tiene un gato muy gordo
doña Rita la vecina.

Pues en cuanto ví al gatazo
pensé sin perder momento
en mejorar de alimento,
y al punto le puse un lazo.
Y si nadie el lazo quita
y Dios quiere que le cace,
¡verá usted que caldo hace
el gato de doña Rita!

MARIA.

Gracias.

NOY.

¡Qué gracias, señora!

Sólo saciar es mi intento
el hambre horrible que siento
y el odio que me devora.

Así, aunque vengan reveses,
no se rendirá la plaza
mientras pueda yo ir á caza
de gatos y de franceses.

Apóyese usted en mí,
y á casa, que se hace tarde.
Vamos!... no sea cobarde.

MARIA.

Tienes razon... Vamos, sí.

(Se apoya en el Noy y vánse.)

ESCENA IX.

JAIME.

Se oye el órgano. Salen algunas personas de la iglesia. Jaime envuelto en un capote militar, por el foro.

JAIME.

¡Al fin llegué!... la escarpada
vencí con rudo teson,
y torno, Gerona amada,
para ofrecerte mi espada,
mi sangre y mi corazon.
Tras tantos ayes ahogados
y tantas penas sufridas,
vuelvo á tus muros sagrados
con los piés ensangrentados
y con las manos heridas.
Mas qué importa padecer

si al fin se logra volver
al dulce hogar del amor!
Bendito sea el dolor
que me causa tal placer.
Hasta esa vaga armonía
que en alas del viento flota,
aumenta más mi alegría,
pues parece que me envía
un saludo en cada nota.
Allí se encuentra el hogar
sagrado donde nací,
junto al templo secular
donde iba mi madre á orar
todas las tardes por mí.
Allá el jardín seductor
de eterno placer testigo,
verjel lleno de esplendor,
de cuya sombra al abrigo
nació en mi pecho el amor.
La hermosa alameda humbría
donde de niño corría,
donde de jóven amaba;
el sitio donde escuchaba
la amante voz de María. (Conmovido.)
Dulces sitios de mi ayer!...
No me vieron padecer!...
¡Cuánto he llorado al perderlos!
Ojos que volveis á verlos,
¡llorad!... llorad de placer!
(Queda abismado un momento.)

ESCENA X.

DICHO y el NOY.

NOY. Ya estoy listo. (Al ver á Jaime)
Calle! Un hombre!
Y llora? Vaya un capricho!
Compañero!
(Dándole una palmada en el hombro.)
JAIME. Ah! El Noy!
NOY. (Sorprendido.) ¡Qué ha dicho?

- JAIME. ;Ramonet! (Con expansion.)
NOY. ;Ese es mi nombre!
 ;Pero quién es el que así
 me conoce sin que yo...
JAIME. ;Tanto el tiempo me cambió
 que no te acuerdas de mí?
NOY. Esa voz... esa apostura...
 son de...—;Pero estoy soñando!
JAIME. Los muertos de vez en cuando
 salen de su sepultura.
NOY. ;Jesús! (Con miedo.)
JAIME. Voto á Belcebú...
 Abrázame sin empacho.
NOY, Pero...
JAIME. Soy Jaime.
NOY. (Con alegría.) Muchacho,
 aprieta... (Separándose con recelo.)
 Pero, ¿eres tú?
JAIME. Harás que pierda la calma...
NOY. De Dios en el santo nombre (Con miedo.)
 te conjuro. ¿Eres un hombre
 que vive, ó eres un alma
 que viene á buscarme?
JAIME. Oh!
 Ya te he dicho!...
NOY. Pero dí,
 ¿cómo puede estar aquí,
 Jaime, si Jaime murió?
JAIME. Azares son de la suerte.
NOY. Serán, más yo no concibo
 el por qué, estando tú vivo,
 nos hablaron de tu muerte.
JAIME. El dos de Mayo caí
 herido, y los que me vieron
 caer, muerto me creyeron;
 preso estuve, á Francia fuí.
NOY. Ah! vamos; de esa manera...
JAIME. De mi prision escapé
 y á duras penas logré
 llegar hasta la frontera.
 Allí nuevos horizontes
 ante mis ojos se abrian;

- nuestras tropas recorrían
estos intrincados montes
donde contigo cacé
de niño, y cuyos senderos
más ocultos y certeros
conocía: así llegué
hasta el ejército Real
y aquí á mi historia doy punto.
- NOY. Pues tu historia de difunto
no me ha parecido mal.
- JAIME. Y mi padre?
- NOY. Bien; más fuerte
que un roble.
- JAIME. Y ella?... Y María?
- NOY. Aunque débil, desafía
con gran valor á la muerte.
Es un ángel de bondad.
- JAIME. Sí, Noy...
- NOY. Aunque no se bate
como otras, en el combate,
tiene tanta caridad;
cuida tanto á los heridos
y tal consuelo derrama,
que en Gerona se la llama
amparo de desvalidos.
- JAIME. Gran Dios!
- NOY. Pero yo estoy lelo.
¿Tú no sabrás lo que pasa?
Hay novedades en casa;
pero allí viene el abuelo
y él... (Gritando.) Señor! Señor!
- JAIME. (Conteniéndole.) Por Dios,
fuera capaz de matarle
la dicha... hay que prepararle.
- NOY. Tienes razon, ¡voto á brios!
Yo lo haré, pierde cuidado.
Escóndete por ahí
y en cuanto te llame, aquí
te presentas de contado.
- JAIME. En tu prudencia confío. (Se separa.)
- NOY. Vaya, pues no faltaría...
Señor! Señor! Qué alegría.

ESCENA XI.

DICHOS, D. PEDRO y el BARON.

PEDRO. ¿Qué te ocurre?

NOY. ¡Ay, amo mio!

¿No sabe usted lo que pasa!

Van ustedes á tener
una alegría, un placer...

y los criados de casa

y cualesquiera persona
que nos conozca y nos quiera.

PEDRO. ¿Lo dices de una manera!...

¿Es que se rinde Gerona

ó que se aleja el francés?

NOY. Eso es poco!

BARON. ¿Hay asonada?

NOY. Todo eso no vale nada,

porque lo que ocurre es...

que despues de mil afanes

no tira el francés con plomo

ni pega tan fuerte, como

pegamos los catalanes.

PEDRO. No te entiendo.

NOY. Pues el quid

está, en que hay una persona

que resucita en Gerona

despues de muerta en Madrid.

PEDRO. Cómo! Jaime?...

NOY. (Con expansion.) Toma, quién?

PEDRO. Mi hijo! (Con extraordinario asombro.)

ESCENA XII.

DICHOS y JAIME.

JAIME. ¡Padre mio!

(Arrojándose en los brazos de D. Pedro.)

PEDRO. Oh! Dios!

NOY. Demonio! Lloran los dos!

Diantre!... y yo lloro tambien.

- (Se enjuga las lágrimas.)
- BARON. (Ap.) (Casualidad más extraña!)
- PEDRO. Oh! me mata la alegría!
Tú vivo!
- JAIME. Sí. Todavía
puedo luchar por España.
- BARON. Deja que te abrace.
- JAIME. ¡Tio!
- BARON. Lance más inesperado!
Un muerto resucitado.
- PEDRO. Jaime! Jaime! (Abrazándole de nuevo.)
- JAIME. Ah! Padre mio!
Al cabo puedo ofrecer
á mi Gerona querida
mi fe, mi aliento, mi vida.
- NOY. Ya quién duda de vencer?
¿Quién vendrá á hablarnos ahora
de rendicion... cuando al fin...
- JAIME. Rendirnos?... En que alma ruin
cupó esa idea traidora?
- BARON. No es fácil que prolonguemos
la lucha, sin provisiones,
sin armas, sin municiones...
- JAIME. Oh! pues pronto las tendremos.
- PEDRO. ¿Qué es lo que dices?
- JAIME. Que hoy
ó mañana, á más tardar,
debe á Gerona llegar
un convoy.
- BARON. (Acercándose á Jaime.) ¿Conque un convoy?
- NOY. Me alegro: así esa canalla
se batirá sin decir...
- JAIME. El convoy ha de venir
por Bruñolas.
- BARON. (Ap.) (Bueno.)
- PEDRO. Calla.
- JAIME. ¡Padre!
- PEDRO. (Receloso.) No ves que quizás
pudiera algun enemigo...
- JAIME. No tema usted, se lo digo
á ustedes tres nada más.
- PEDRO. No obstante... En fin, yo veré!...

- JAIME. Á sus órdenes me allano.
PEDRO. Has visto ya á don Mariano.
JAIME. No señor.
PEDRO. Contigo iré.
JAIME. Pero ántes, padre... querría...
 Como há tanto que no veò
 á María....
PEDRO. Es tu deseo
 verla?
JAIME. Sí señor.
PEDRO. (Llamando.) María.
BARON. Por Bruñolas. (Recordando.)
PEDRO. No me pesa
 que no la olvides.
JAIME. Jamás.
PEDRO. Ya verás ¡ah! ya verás!
 Te preparo una sorpresa.
JAIME. Y cuál es?
PEDRO. Que me he casado
 en segundas nupcias.
JAIME. (Con disgusto.) Padre!

ESCENA XIII.

DICHOS y MARIA.

- PEDRO. (Cogiendo á María de la mano y presentándosela á
 su hijo.)
 Mira la segunda madre
 que mi amor te ha deparado.
JAIME. ¡¡Jesús!!
MARIA. (Cae desmayada.) Jaime!... Tú!... Ay de mí!
PEDRO. María!...
NOY. Perdió el sentido.
BARON. Esto no es nada... un vahido...
 El gusto de verle aquí.
 (Cuadro. D. Pedro sostiene á María. El Noy mira á
 unos y á otros. Jaime permanece abismado en el
 más profundo dolor. El Baron le mira sonriéndose
 maliciosamente. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala ricamente amueblada, al gusto de la época. Puertas al fondo y laterales. Á la izquierda del espectador una ventana practicable. Una panoplia con sables y pistolas.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON y el NOY.

El Baron sentado en actitud pensativa. El Noy en la puerta del foro, dando órdenes á dos ó tres paisanos.

NOY: Conque ya estais enterados.
Al hospital esos restos
de mostagan: quéde el vino
para los pobres enfermos.
Nosotros con el cartucho
refrescamos el garguero,
que la pólvora es á veces
un delicioso refresco.
(Á uno de los paisanos.)
Tú, Roque, vé á la botica,
y dí á don Magin, que presto
nos arregle aquellos parches...
poca cera en el unguento.
(Á otro.) Y tú súbete á la torre
á relevar al torrero,
que hoy es justo que él dispare
mientras tú tocas á fuego.

- Éa! al avío. (Vánse los paisanos.)
BARON. Bravísimo.
Veo que ocupas tu puesto.
NOY. Calle! Usía por aquí?
BARON. Sí tal; me estaba durmiendo
cuando tú me despertaste
con tus voces.
NOY. Pues lo siento;
pero...
BARON. Bien; no te disculpes,
no te acrimino por ello. (Pausa breve.)
NOY. Si usía me da licencia... (En ademán de irse.)
BARON. Oye: ¿qué ocurre de nuevo?
NOY. Nada.
BARON. No digo en Gerona.
NOY. Pues entónces..
BARON. Me refiero
á casa. En toda la noche
pude conciliar el sueño.
NOY. ¿Por qué?
BARON. Sabes que mi cuarto
está tabique por medio
del de Jaime, y esta noche
sin duda al pobre mancebo
le ha ocurrido alguna cosa,
algun extraño suceso,
pues no ha dormido.
NOY. Ah! sí, vamos.
BARON. Tú no sabes?...
NOY. (Turbado.) No por cierto.
BARON. Pues es raro... tú estuviste
con él... mas será un secreto
importante.
NOY. Le aseguro...
BARON. Basta ya, dejemos eso;
pues si yo te he preguntado
algo, fué porque me temo
una desgracia y quería
poder remediarla á tiempo.
NOY. Ah! ¿Conque usía se teme?...
—Pues yo tambien.
BARON. ¿Eh?

NOY.

Confieso

que quiero á usía muy poco,
porque no nos entendemos
en lo que toca á Gerona;
mas se trata de *l'Hereu*,
del niño que fué mi encanto,
y mi delicia, y no puedo
callar. Usía le quiere
como yo. ¡Vaya, estoy cierto!
y le voy á decir todo
lo que sé... Jaime está enfermo.

BARON. ¿Qué me dices?

NOY. Y muy grave.

BARON. Eh?

NOY. Cuando anoche se fueron
todos á acostar, salíme
de casa á dar un paseo,
y cuando volví, extrañándome
ver luz en el aposento
de Jaime... subí... ¡Dios mio!
Estaba pálido y negro
y verde y de cien colores:
lloraba como un muñeco,
y su cara, ántes tan viva,
era la cara de un muerto.
Al verme contuvo el llanto,
pero á los pocos momentos,
con la vista extraviada
y el acento tardo y trémulo,
exclamó: «Quiero morirme!
»Olvidó sus juramentos!
»No hay en el mundo firmeza!»
Y no sé qué más; y luégo
se levantó de la silla
febril y calenturiento,
y cogiéndome de un brazo
con unos puños de acero,
me dijo: «Dí, tú no crees
»que debo huir al momento
»de esta casa?»

BARON. ¿Qué me dices?

NOY. Yo entónces quedéme lelo,

sin saber qué contestarle;
pero concluyó este acceso
rompiendo á llorar... y... nada...
despues se quedó tan serio
diciéndome: «Noy, perdona:
«Estoy loco!»

BARON. Ya lo creo.

NOY. Y añadió: «no digas nada
á mi padre de todo esto.»

BARON. Es natural.

NOY. Empezamos
á charlar, despues, del pueblo,
y esta mañana ha salido
y no sé si á casa ha vuelto.

BARON. (Afectando dolor.) Mis sospechas eran ciertas.

NOY. ¿Cómo, usía?

BARON. Por supuesto...

Y tú tambien.

NOY. ¿Yo?

BARON. Pues claro.

María y Jaime... (Con intencion.)

NOY. Silencio.

Esas cosas son muy graves.

BARON. ¿Pero tú...

NOY. Yo nada creo.

Jaime es bueno y es honrado
y cumplirá como bueno.

BARON. Sí: yo me encargo de todo.

Tú guardarás el secreto?

NOY. Tratándose de mis amos
yo soy mudo y sordo y ciego.

(Váse el Noy.)

ESCENA II.

EL BARON

BARON. ¿Conque mi sobrino adora
á su madrastra? Soberbio!
La suerte viene en mi ayuda:
ya es mio, ya no le temo!
Cuando ayer le ví en Gerona

me disgustó, lo confieso,
pues conozco su elocuencia
y conozco su ardimiento.
Cautiva con la palabra,
arrastra con el ejemplo,
y en el trance decisivo
podía avivar de nuevo
el espíritu minado
por mí con tenaz empeño.
Ahora la victoria es fácil...
¿Cómo pudiera no serlo,
si para lograr mis fines
no he de reparar su medio! (Paseándose.)
No se vive tenazmente
amarrado á un pensamiento
para abatirse cobarde
ante el menor contratiempo.
«Venganza» á voces me gritan
mis pasados sufrimientos.
«Patria» me grita la idea
que yo de la patria tengo.
La gloria de Bonaparte
me subyuga y yo no cejo.
Adelante es mi divisa.
Adelante iré resuelto,
áun á costa de mi sangre
y en contra del mundo entero.

ESCENA III.

EL BARÓN, D. PEDRO y JAIME.

- PEDRO. (Exaltado.) Vamos, te digo que es cosa
que da con cualquiera al traste.
Seguro estoy que tu tío...
- BARÓN. ¿Qué es ello, señor alcalde?
- PEDRO. ¿Comprendes que este muchacho
esté con ese semblante
tan taciturno, tan hosco,
tan dolorido y tan grave?
- BARÓN. Sí; es de notar que esté triste
quien despues de mil afanes

se halla en libertad, gozando de los brazos paternos.

PEDRO. Eso le he dicho.

JAIME. Yo creo que hay motivos y bastantes para no tener el rostro jovial.

BARON. En efecto: el trance en que se encuentra Gerona es muy terrible. Las calles ántes tan alegres, hoy son espantosas imágenes del dolor y la miseria.

PEDRO. Pero qué? ¿Yo no soy nadie?

BARON. Además, en este mundo no existen bienes ni males que duren cien años: puede sufrir una plaza el hambre dos, ó tres, ó cuatro meses, pero al fin tendrá que darse á razones y rendirse.

JAIME. ¡Rendirse!

BARON. Yo creo!...

JAIME. Y cabe tal pensamiento en un hombre que vale lo que usted vale?

BARON. (Irónico.) No, si estoy ya resignado desde que empezó el combate á la gloria inmarcesible de los héroes y los mártires.

JAIME. ¡Feliz quien pueda alcanzarla...

PEDRO. Oh! sí.

JAIME. Á costa de su sangre!

PEDRO. ¿Qué es lo que dices?

BARON. Parece que quieres sacrificarte dando tu vida.

JAIME. ¡Mi vida!

¡Sacrificio miserable!

PEDRO. ¿Qué estás diciendo?

JAIME. Yo soy quien sale ganando.

- PEDRO. Jaime!
- Jaime! Hijo mio.
- JAIME. ¡Mi vida,
qué vale, señor, ¡qué vale!
- PEDRO. ¡Cómo hablas así?... ¡No adviertes
que me asesinan tus frases?
- BARON. (Que ha comenzado á dar paseos con las manos cru-
zadas atrás.)
Misterios del alma, Pedro;
no te canses... no te canses!
son el demonio estos chicos.
- PEDRO. Misterios?
- JAIME. ¡Qué disparate!
- PEDRO. (Mirando con fijeza á Jaime.)
¡Es que estás enamorado?
- JAIME. ¡Quién? Yo?
- BARON. (Riéndose.) Pregunta chocante!
No es preciso que lo diga,
basta sólo con mirarle.
- JAIME. (Parece que el mismo infierno
le está inspirando.)
- PEDRO. (Resentido.) ¡Bien, Jaime!
¡Y nada me habías dicho
de ese amor!
- JAIME. (Al Baron con ira.) Y usted qué sabe?
- BARON. No te me pongas tan fosco,
que despues de tantos viajes
no tiene nada de extraño
haya llegado á picarte
la víbora... De esas cosas
se libran pocos mortales.
- PEDRO. Ni yo he de saber por fuerza
el misterio impenetrable
de tu amor, si no soy digno
de saberlo.
- JAIME. Señor!
- PEDRO. (Con dolor.) Cállate!
¡Qué hacer? Estos son los hijos!
Todos iguales, iguales.

ESCENA IV.

DICHOS y MARÍA.

MARIA. Pedro!... Pedro, ¿estás llorando?

BARON. Oportunamente sales
para disipar algunos
incomprensibles celajes,
que han surgido de repente
entre tu marido y Jaime.

MARIA. Será posible? ¿Qué ocurre?
¿Que motiva tus pesares? (Á D. Pedro.)

PEDRO. La ingratitud de mi hijo.

MARIA. ¿De tu hijo?

PEDRO. Sí.

JAIME. (¡Dios me ampare!)

BARON. (Á D. Pedro.) Pareces una doncella
en agraz!... ¿Qué nimiedades
tomas á pecho! ¿Qué cosas
tan tontas y tan vulgares!

PEDRO. Ah! Cosas tontas, ¿y sufre?

BARON. ¿Quién no sufre en este valle?...

¿Ó quieres tener acaso
el derecho incuestionable
de hacerle dichoso?

PEDRO. No;

pero sí el de consolarle.

JAIME. Padre... dice bien el tío.
Mis disgustos, mi afanes
son nubecillas ligeras
que á lo mejor se deshacen.
No merecen que se afecte
un hombre tan respetable
como usted. Yo le prometo
para volver á ganarme
su favor y su cariño,
que son bienes celestiales
para mí...

PEDRO. ¿Qué me prometes?

JAIME. Le prometo á usted curarme

de raiz.

PEDRO. ¿De veras?

JAIME. Nunca

mentí.

PEDRO. Pues bien, todo acabe.

Si lloras un desengaño,
si te avergüenza un desaire,
si en tierra extraña y en medio
de tus continuos azares,
adoraste un imposible
y ese imposible te abate,
recobra aliento, hijo mio;
que los brazos paternales
son bálsamo que mitiga
los infortunios más grandes.
Haz cuenta que nada he dicho.

BARON. Eso sí que es razonable!
Querías tú que el muchacho,
nuevo Licio, nos contase
los desdenes de su bella
Galatea?—¡Bah! Esos ayes
los resisten complexiones
más delicadas y suaves
que las nuestras.—¿Qué apostamos
á que ántes de poco, sabe
María, las amarguras
que encierra el pecho de Jaime!

MARIA. Yo, tío?

PEDRO. María!

JAIME. (Afectando serenidad.) Puede,
que la cosa no es tan grave
que merezca... Usted lo ha dicho
hace muy pocos instantes.

PEDRO. Tienes razon; muchas veces
consiguen las amistades
más que el cariño paterno.

BARON. Pues hombre ¿qué duda cabe?

PEDRO. ¡María ha sido su hermana!

BARON. Y hoy su sagrado carácter...

MARIA. Oh!

BARON. Lo que ella no consiga
no ha de conseguirlo nadie.

- PEDRO. Veremos si eres más diestra
(Acercándose á María lentamente.)
que yo. (Pausa.) Cosa más chocante!
(Mirando á Jaime, que se halla cruzado de brazos
con la cabeza inclinada sobre el pecho.)
Pasión que nubla su frente
con tan espesos celajes,
ó calla por orgullosa
ó enmudece por infame!
- MARIA. ¿Tú piensas?... (Sobresaltada.)
- PEDRO. (Con expansión.) De todos modos
la ausencia cura estos males.
- BARON. Eso creo yo.
- PEDRO. Y la ausencia,
la curará nuestro amante
cariño... ¿verdad, María?
Ya de esta casa no sale.
- BARON. (Con intención, cogiéndole del brazo.)
Eso... pueden decidirlo
los dos: el hijo y la madre.

ESCENA V.

JAIME y MARÍA.

- MARIA. ¡Jaime! Jaime!
- JAIME. ¿Qué hace usted?
¡Tal mengua de su virtud!
- MARIA. Por piedad!
- JAIME. Esa actitud
es una afrenta.
- MARIA. Lo sé.
- JAIME. Entonces ¿cómo explicar?...
MARIA. Dios ve mi pena.
- JAIME. ¿Usted llora?
(Con energía.) Usted no tiene, señora,
derecho para llorar.
Usted se encuentra casada
con mi padre.
- MARIA. No lo olvido.
- JAIME. La mujer de tal marido

MARIA. debe ser feliz y honrada.
Nunca he faltado á la fé
de mi honor, que guardo ileso:
por eso, Jaime, por eso
puedo hablarte...

JAIME. ¿Y para qué?
Para evocar de repente
dulces recuerdos sagrados
que deben yacer guardados
en el fondo de mi mente,
como en las tumbas sombrías
yacen por siempre las glorias,
las dichas y las memorias
de otras gentes y otros dias.
Qué pretende usted? Volver
á lo pasado, teniendo
en lo pasado, el horrendo
abismo? ¿Quiere usted ser
el eco de una armonía
que aún en mi pecho resuena?
¿Quiere usted que al ver su pena
comparada con la mia
llegue loco á preguntar
á la mujer de mi padre...

MARIA. Ah! No!

JAIME. (Asiéndola violentamente de un brazo.)
Á usted, que de mi madre
ocupa el santo lugar.
Perjura! Dime, qué has hecho
del juramento sentido,
tantas veces repetido
bajo este sagrado techo?

MARIA. Cumplirle!

JAIME. ¿Triste de mí!
Cumplirle! Ni á hablar acierto!

MARIA. Gerona te dió por muerto.

JAIME. ¿Pude estarlo para tí?
¿Así calmas mi dolor?
¿Así restañas mi herida?
Es decir que con mi vida
tambien acabó tu amor?

MARIA. Mi esperanza!

preguntó con dulce acento.
«Quiero entrar en un convento
y profesar:»—respondí.
Cuando tu padre escuchó
estas frases, que pronuncio
temblando... Jaime, renunció
á decir lo que pasó.

JAIME. Sigue.

MARIA. Con trémula mano
me atrajo hácia sí y me dijo:
«Muerto mi Jaime... mi hijo...
qué será del triste anciano
si le abandonas, María?
Sin otros séres amantes
¿cómo serán los instantes
postreros de su agonía?
Ah! no te vayas... espera...
te lo suplico de hinojos,
para cerrarme los ojos
el día que yo me muera.»

JAIME. Acaba.

MARIA. Cuando sentí
rodar por mi faz su llanto,
ahogó mi voz el quebranto
y muda permanecí. (Pausa.)
Despues...

JAIME. Basta... no te aflija
relacion tan angustiosa...
(Momento de silencio.)

MARIA. Despues dijo... «Sé mi esposa:
te amaré como á una hija.»

JAIME. ¿Y le ocultaste mi amor? (Exaltado.)

MARIA. En aquel triste momento
devoré mi sentimiento
para calmar su dolor.
Si caben en juicio humano
mi amor y mi sacrificio,
Jaime, no temo tu juicio.
¡Fuí la esposa de ese anciano
en medio de mi agonía!
Medita y juzga en conciencia;
tú le debes la existencia,

yo le he entregado la mia.

JAIME. Oh! Cabe más triste suerte?
¡Si aún habré de disculparla!
Si ya no podré ni odiarla
cuando me hiere de muerte?

MARIA. Oh Jaime! Jaime!

JAIME. Y qué hacer?

Por mí disculpada estás...

No nos veremos jamás.

Esto me manda el deber.

Oh! sí. Yo no puedo oír
más tu acento lastimero.

Tú sufres, y yo no quiero
verte llorar ni sufrir.

MARIA. La desgracia no es mancha.

JAIME. Pero me ofenden tus quejas.

Cada lágrima que dejas
resbalar por tu mejilla,

es una mancha afrentosa

en el hogar, consagrado

por el recuerdo adorado

de mi madre cariñosa.

Por eso me iré de aquí,

tu presencia me da miedo:

tú vives... y yo no puedo,

María, vivir sin tí.

Celos, engendran rencor,

venganza... odio... ¡Atroz martirio!

Lo que en otros es delirio

fuera en mí crimen y horror.

MARIA. Dices bien.

JAIME. Pero aún, María,

comprendemos los sublimes

deberes... ¡Tú me redimes,

santo honor del alma mia!

Nunca en la lucha fatal

que arrastra la humana suerte

surgió más bella la muerte

para el mísero mortal.

MARIA. Oh! no, Jaime... Tu deber

es resistir con valor...

En las luchas del dolor,

en esas hay que vencer.
JAIME. Ah! Dices bien,... si es forzoso
vencerse, ya me he vencido.
Vete; allí está tu marido...
hazle por siempre dichoso.
Que nunca vea la herida
que mi corazon destroza;
que no sepa que si goza
es á costa de mi vida.
MARIA. Jaime!
JAIME. ¿No hablas de deber?
Cumple con el tuyo.
MARIA. Oh! es cierto.
JAIME. Jaime para tí ya ha muerto.
MARIA. Adios.
JAIME. Así debe ser.
(Jaime la sigue con la vista expresando el mayor dolor posible.)

ESCENA VI.

JAIME, NOY.

NOY. (Saliendo acelerado.)
Jaime!
JAIME. Noy!
NOY. Vengo aturdido.
JAIME. ¿Qué ocurre?
NOY. Cosas muy graves.
JAIME. Graves? dílas.
NOY. Á eso vengo.
Pero ten mucho carácter,
porque vas á saber algo
que te requeme la sangre.
JAIME. No te entiendo!
NOY. Pues escucha.
Has de saber... (Ruido fuera.) Pero calle!
¡Qué tumulto!
JAIME. (Á la ventana.) Don Mariano,
con dos ó tres ayudantes,

se apea en casa.

NOY. Qué dices?

(Yendo á la ventana.)

Es verdad. (Ap.)

(Si sabrá el lance?)

Entonces no doy dos cuartos
por el Baron.)

JAIME. Á mi padre
avisa.

NOY. No es necesario,
pues ya veo que aquí sale.
(Salen D. Pedro y el Baron.)

ESCENA VII.

DICHOS, D. PEDRO y el BARON.

PEDRO. Esta visita me extraña. (Al Baron.)

BARON. Pues es raro que te extrañe.

Asuntos de la defensa
sin duda á casa le traen.

PEDRO. Pudiera ser...

BARON. ¿Quién lo duda?

(Ap.) (Estoy inquieto.)

ESCENA VIII.

DICHOS, D. MARIANO y DOS AYUDANTES.

MAR. Dios guarde
á ustedes.

PEDRO. Oh! Don Mariano!
¿Usted en mi casa honrándome?

MAR. Mi visita es una prueba
de mi respeto á su sangre
y á sus canas.

PEDRO. Yo agradezco...

MAR. No pase usted adelante,
pues mi venida, es posible
que sea nuncio de males.

PEDRO. ¿Cómo?
MAR. (Á los Ayudantes.) Retírense ustedes.
(Al Noy.) Y usted tambien.
NOY. (Ap. Al salir.) (Voto al diantre
No sé lo que me sucede,
pero presiento un desastre.)
(Vánse el Noy y los Ayudantes.)

ESCENA IX.

D. MARIANO, D. PEDRO, JAIME y el BARON.

PEDRO. Tal misterio!
MAR. Sí señor.
En secreto hemos de hablar
pues es fuerza ventilar
árduas cuestiones de honor.
PEDRO. ¿De honor?
MAR. Por desgracia, sí.
PEDRO. No comprendo, general.
MAR. Vengo en pos de un criminal
y el criminal está aquí.
BARON. Qué?
JAIME. ¿Cómo?
PEDRO. Pues no colijo
ni presumo la razon.
MAR. El crimen fué de traicion.
PEDRO. Y el criminal quién?
MAR. Su hijo!
JAIME. Yo?
PEDRO. Jaime?
BARON. (Ap.) (¡Cosa mas rara!)
JAIME. Yo, general?—Yo tildado
de traicion?—¿Quién me ha acusado?
MAR. Yo!
JAIME. (Fuera de sí.) Por Dios!
PEDRO. Hijo!
BARON. Repara!
JAIME. (Conteniéndose, con calma y dignidad.)
Usted olvida, señor,
al hacerme ofensa tal

que me llamo Frontanal
y no puedo ser traidor?

MAR. Por eso mismo me extraña
más su delito.

JAIME. ¿Y cuál es?

MAR. El ejército francés
ha ocupado en la montaña
el sitio por donde hoy
el convoy debió de entrar...

JAIME. ¡Cómo!

MAR. Y ya no puede entrar
en la ciudad el convoy.
Nadie sino usted sabía
cuál era el sitio acordado,
luego usted lo ha revelado
por infame alevosía
ó por torpeza!

JAIME. ¡Gran Dios!

MAR. Puestos en tales extremos
es necesario que optemos
por alguno de los dos;
pero ambos son de tal suerte
criminales, que á fe mía
cualquiera merecería
y merecerá la muerte.

PEDRO. Don Mariano!

JAIME. General,
la muerte no me intimida,
porque es á veces la vida
carga pesada y fatal.
No obstante, en esta ocasion
la muerte me infunde miedo,
porque deshonorado quedo
con su horrible acusacion.
Acusacion que tal vez
es por desdicha fundada,
mas que no destruye en nada
mi lealtad y mi honradez.

MAR. Pues no entiendo...

JAIME. Don Mariano,
el alma me está diciendo,
que en Gerona estamos siendo

- juguete de algun villano.
MAR. Cómo?
JAIME. Sospecho quién es...
MAR. Su nombre!
BARON. (¡Si habrá sabido!)
JAIME. Un plazo breve le pido;
 sólo dos horas ó tres,
 y en ellas me comprometo
 á descubrir al villano:
MAR. Mucho es eso.
JAIME. Don Mariano,
 yo cumplo lo que prometo.
MAR. Está bien.
JAIME. Gracias, señor!
MAR. Si un plan su propuesta esconde,
 de usted su padre responde.
JAIME. De mí responde mi honor.
MAR. Porque siempre fué sagrado,
 nada se sabrá en Gerona.
 Yo mismo vendré en persona
 á saber el resultado
PEDRO. Ah! Gracias. (Estrechándole la mano.)
MAR. Tengo que hablar
 con ustedes un momento.
BARON. Contiguo está mi aposento.
MAR. Este inesperado azar
 ha aumentado nuestros males
 y es preciso disponer...
 ¿Qué pólvora podrá haber?
BARON. Unos ocho ó diez quintales.
PEDRO. Las últimas municiones?
MAR. Pocas son. Que hagan cartuchos.
 Los enemigos son muchos. (Mirando á Jaime.)
 Pero son más las traiciones.
 (Váse por la izquierda. D. Pedro y el Baron le
 siguen, Jaime los detiene.)

ESCENA X.

DICHOS, ménos D. MARIANO.

Toda esta escena muy rápida.

JAIME. (Con ansiedad.) ¿Padre, cree usted que yo soy culpable?

PEDRO. No, hijo mio.

JAIME. Gracias, padre. ¿Y usted, tío?

BARON. Seguro estoy de que no.

JAIME. ¿Y usted á nadie le ha dicho nada? (Á D. Pedro.)

PEDRO. No.

JAIME. Y usted?

BARON. Tampoco.

JAIME. Júrenmelo.

BARON. (Como resentido.) Tú estás loco! Nosotros... ¡Vaya un capricho!

JAIME. Entónces el criminal...

PEDRO. ¿Quién es?

BARON. (Cogiéndole el brazo.) Á tí qué le importa? Preguntas vanas acorta, pues espera el general. (Vánse.)

ESCENA XI.

JAIME, con gran calor.

Ah! mis sospechas son ciertas!
Sí, sí; no puede ser otro.
Ya tengo pruebas bastantes
de su crimen afrentoso.
Tres personas solamente
conocían los propósitos
de Blake, y de tres personas
surge un traidor... Oh! qué oprobio!
(Con exaltacion.)
Amor y honor! ¡Todo á un tiempo!
¡Todo lo he perdido! ¡todo!

ESCENA XII.

JAIME y el NOY.

- NOY. Jaime! Chico, que ha ocurrido?
¿Qué quería el general?
- JAIME. Traidor!
- NOY. ¿Cómo?
- JAIME. Desleal.
- NOY. Qué dices?... (Asombrado.)
- JAIME. (Asiéndole de un brazo.) Qué te ha valido tu venta?
- NOY. Muchacho!
- JAIME. Di,
responde, ¿cuánto dinero te ha pagado el extranjero por...
- NOY. ¿Á mí?...
- JAIME. Sí tal; á tí.
- NOY. (Con ira reprimida.)
Oh! tus palabras son rudas!
- JAIME. ¿Qué otras puedes merecer tú, que has hecho renacer la vil raza de los Judas.
- NOY. Jaime... No me hables así.
Ya la cólera me ciega,
y si es que á cegarme llega...
- JAIME. Me amenazas?
- NOY. Tal vez sí.
- JAIME. (Echando mano á la espada.)
Dios me tenga de su mano.
- NOY. Mátame, tranquilo espero.
- JAIME. Es harto noble mi acero para matar á un villano.
- NOY. Noble! Sí. Tienes razon.
Espada no, una navaja. (Le da la suya.)
Ten la mia... hiere... raja.
(Presentándole el pecho.)
Aquí está mi corazon.
Ya que te has hecho mi juez sé mi verdugo... esto es claro,
- JAIME. Tiembla!

- NOY. Temblar?... al amparo
me encuentro de mi honradez,
y aunque el trance sea fuerte
no temas que me acobarde.
Quien vive bien, no es cobarde
á las puertas de la muerte.
- JAIME. Qué es esto?... Si será fiel.
Si estaré yo equivocado.
- NOY. (Con dolor.) Ay Jaime que te ha cegado
la soberbia de Luzbel!—
Supiste que hay en tu casa
un infame que te vende,
que tu limpio honor ofende,
y con prudencia, harto escasa,
al conocer la traicion
al que te vende has buscado,
y el sambenito has echado
al de peor condicion;
pensando orgulloso y loco
que el que nace en la pobreza,
no puede tener nobleza
ni comprenderla tampoco.
- JAIME. Noy!
- NOY. (Con exaltacion creciente.)
Pues sabe, aunque te asombre,
que el que motiva estas penas
tiene tu sangre en las venas
y lleva tu mismo nombre.
- JAIME. ¿Qué dices?
- NOY. Que si hay traicion,
de esa falta miserable
es tu tio el responsable.
- JAIME. ¿Mi tio?
- NOY. Justo: el Baron.
- JAIME. Imposible.
- NOY. Te daré
pruebas más que suficientes.
Él incita á nuestras gentes
á rendirse. Él sólo fué
quien con pensamiento ruin,
que al cabo se malogró,
en Gerona promovió

un asqueroso motin.
Y por último él ha sido
quien habiéndote escuchado
ayer, traidor y malvado
tus proyectos ha vendido.

JAIME. Gran Dios! (Rápido.) Pero no es verdad.
Tú mientes

NOY. Oye un momento.

Há poco, al rondar atento
los muros de la ciudad,
ví á un hombre, que con cautela
se deslizaba atrevido,
buscando acaso un descuido
de algun pobre centinela.
Seguíle por breve rato,
y al trepar por la escarpada
gritéle con voz airada:
«Si te meneas, te mato.»
Quiso escapar... disparé,
cayó, á su lado corrí,
y al Xich de Guillamas ví.
«Ah perro; al fin te atrapé,»
lo dije: y sin más debates
le iba á largar un porrazo,
cuando él cogiéndome el brazo
me dijo; «Noy, no me mates;
no me mates, ten piedad.»
Pues confiesa, le grité,
y él dijo: «confesaré,»
y confesó la verdad.

JAIME. Ah! lograste!

NOY. ¡No que no!

Para tratar con bribones
son las mejores razones
los puños que Dios me dió!
Ven á verle tú y la prueba
tendrás de lo que te digo.

JAIME. Pero...

NOY. Le traje conmigo
y está encerrado en la cueva.
Vamos á verle.

JAIME. Dios mio!

- NOY. Tal mancha en mi honrado nombre!
Vaya! No te aflijas, hombre.
Un tío, al fin es un tío.
- JAIME. Perdóname; pero siento
un afán que nada calma,
y esto es, Noy, que de mi alma
se apodera el desaliento.
- NOY. Eso nunca. Hay que vencer
y resistir con valor.
- JAIME. Él tan noble y ser traidor...
¿Quién lo había de creer?
- NOY. Chiquillo, es que los blasones
no dan nobleza ninguna.
La honradez no está en la cuna,
sinó en las buenas acciones.
- JAIME. Perdóname... fuí cruel.
- NOY. No hables de eso y al avío.
A ver al Xich.
(Aparece el Barón en el foro.)
- JAIME. Ah! mi tío.
Déjame á solas con él.

ESCENA XIV.

DICHOS y el BARÓN.

- BARÓN. Siento en el alma, sobrino...
- NOY. (Pues no dice que lo siente?
el muy bribón?)
- JAIME. (Al Noy.) (Sal.)
- NOY. (Corriente.
Si no me voy... le asesino.)

ESCENA XV.

JAIME y el BARÓN.

- BARÓN. Yo no sé qué observo en tí...
estás un poco agitado.
- JAIME. Sí señor.
- BARÓN. Has encontrado
á los traidores?

- JAIME. Sí.
- BARON. ¿Si?
¿Los has cogido en la red?
Y los causantes del dolo
quiénes fueron?
- JAIME. Uno solo.
- BARON. Quién?...
- JAIME. Usted!
- BARON. Sobrino!
- JAIME. Usted.
- BARON. Já! já!... Inspiras francamente
más lástima que desprecio:
pensaba que eras un necio
y eres un pobre demente.
- JAIME. (Con vigor.) Demente que va á decir
á la faz del mundo entero:
este noble caballero,
el Baron de Rocamir,
cuyos blasones grandiosos
sus abuelos conquistaron
y con su sangre esmaltaron
en cien combates gloriosos,
es un infame traidor
que al enemigo se humilla,
que sus blasones mancilla
y que desgarrá su honor.
- BARON. Ah! calla!... ó te pesará
lo que digas, insensato!
- JAIME. Es inútil su arrebató.
Pronto Gerona sabrá
que usted se finge su amigo,
mientras con fines villanos,
atada de piés y manos,
va á entregarla al enemigo.
- BARON. Cállate!
- JAIME. Jamás calló
la conciencia.
- BARON. Jaime!
- JAIME. Ella
le acusa.
- BARON. Por Cristo!... sella
tus labios.

- JAIME. Jamás.
BARON. No?
JAIME. No.
BARON. Ah! Yo haré que te sonrojes
y enmudezcas.
JAIME. ¡Por mi madre!
BARON. Ó caerá sobre tu padre
todo el baldon que me arrojes.
JAIME. Qué dice usted?
BARON. Que él tambien
vende á su patria.
JAIME. Mentira!
Calumnia vil.
BARON. Mira! Mira
esa carta... lee bien. (Mostrándosela.)
Aquí está su firma... aquí
de su delito la prueba.
Esto al cadalso le lleva.
JAIME. (Aterrado.) Desventurado de mí!
BARON. (En voz baja y amenazadora.)
Si dices al general
que he sido yo el delator,
muere tu padre.
JAIME. ¡Qué horror!
BARON. Elige.
JAIME. Suerte fatal! (Breve pausa.)
Mas qué dudo? (Yendo hácia el Baron.)
BARON. (Deteniéndole.) ¡Intentos vanos!
JAIME. Quiero ese papel.
BARON. Aparta!
JAIME. Ó me da usted esa carta
ó muere usted á mis manos.
BARON. No me importa tu furor:
un Rocamir nunca cede.
JAIME. Pues bien...

ESCENA XVI.

DICHOS, D. PEDRO y MARÍA.

- PEDRO. (Abalanzándose á su hijo y colocándose en medio.)
Jaime!

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que el acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

JAIME.

Aparecerá sentado, en actitud abatida, junto á la mesa. Anochece. Despues de levantarse el telon habrá una pequeña pausa.

JAIME. Que eternidad tan horrible
es el dolor!
(Dando dos ó tres pasos desorientado y vacilante.)
¿Qué hora es?
La infausta! ¡Siempre la infausta!
(Se asoma á la ventana.)
Ya comienza á anohecer. (Pausa.)
Lejos, muy lejos escucho
rumor, confuso vaiven
de un mar que agitado bulle.
Algo debe suceder
en la muralla... ¡un asalto!
¡una sorpresa tal vez!
Y yo sujeto en la casa,
dulce paraíso ayer
y hoy precipicio espantoso

de mi razon y mi fe. (Pensativo.)
¡Al descubrir el misterio
de mi amor, juzgóme infiel
mi padre!... Siniestro y mudo
salió con tal rapidez
de esta sala... ¡Y el infame
tambien se alejó, tambien!
Y el Noy... y todos... ¡no todos!
Más allá de ese dintel
está María... ¡María!...
Casi mis ojos la ven;
¡tan cerca por el amor!
¡tan lejos por el deber! (Escuchando.)
Qué es eso? El rumor crece...
¡vivas... gritos!... Ah! cruel
angustia! no... yo no puedo
mi impaciencia contener.
Quizás Gerona agoniza...
¡Qué importa la dura ley
militar? Leyes más altas
me deciden á romper
estas prisiones. ¡Qué aguardo!
Ah! (Deteniéndose.)

ESCENA II.

JAIME y el NOY.

NOY. Jaime!

JAIME. ¿Quién es?

NOY. ¿Quién es?

¡Quién ha de ser, voto á un rayo?
Quien viene á darte el placer
más grande que hayas tenido
en toda tu vida.

(Sale un mozo, y coloca sobre la mesa un belon con
luces encendidas.)

JAIME. ¡Qué!

NOY. ¿Sabes tú lo que es un héroe?

JAIME. Un héroe?... Puede haber
tantas clases!

NOY. En Gerona

solamente somos tres:
Don Mariano, yo y tu padre!
Pero éste vale por diez.

JAIME.

Mi padre!

NOY.

¡Si tú le hubieras
visto!... ¡Voto á San Andrés!...
¡Qué Roldanes ni qué Cides...
En fin, lo vas á saber.
Pero justo es que María
oiga el relato. (Llamando.) ¡Ginés!

JAIME.

¿Qué intentas?

NOY.

Toma, está claro!

Decirla...

JAIME.

¿Qué vas á hacer?

Mis ojos no pueden verla,
que hablan los ojos tambien.

NOY.

Ah! vamos... si... ya comprendo.

JAIME.

Habla.

NOY.

Corriente, hablaré!

Pues es el caso, que há poco
tocaron á somaten
para hacer una salida
hasta la orilla del Ter
y dar apoyo ai convoy
que envian desde Farnés.
La comision era grave,
muy grave: salir á ver
la cara á la muerte y luégo
requiescant in pace amen.
Al saber los de Gerona
lo que era preciso hacer,
enmudecieron temblando
de la cabeza á los piés.
¡No hay quien sepa ya morir
por su patria y por su rey!
Rugió el general con rabia
en medio el silencio aquel,
y un hombre, con voz segura,
«Sí tal» contestó, «yo iré.»
«Que me place» dijo al punto
Don Mariano... «Vaya usted
á dejar esta bandera

en las manos del francés,
ya que esta gente menguada
no la sabe defender.»

Y tu padre, dando al viento
bullicioso, el lienzo aquel,
lanzóse al campo enemigo
corriendo á todo correr.

JAIME. ¿Y lanzóse solo?

NOY. ¿Solo?

Yo estaba allí.

JAIME. Pero bien,

¿tú nada más?...

NOY. Y otros muchos,

que en lances de tal jaez
así que uno da el ejemplo
todos se marchan tras él.

¡Y aquí entra lo bueno! Listo

tu padre, como lebrel

que sabe buscar la caza,

topóse con ella al pie

de un cerro anchuroso, á tiempo

que en la cima y en tropel

vimos los carros cortados

por un batallon francés.

JAIME. ¿El convoy?

NOY. Justo. ¿Tú sabes

lo que es caminar con sed

y ver el agua y tocarla

y no poderla beber?

Pues eso ni más ni menos

nos pasó... ¡Voto á Luzbel!

¡En fin, que armóse el tinglado!

Yo no ví lo de Bailen,

pero más sangriento que este

ni se ha visto ni se vé.

Para llegar al convoy

era preciso romper

las filas del enemigo.

¡Pero contra una pared,

qué harán los puños de un hombre

por más golpes que le den!

Felizmente los muleros,

en lo alto del cerro, al ver
perdido el convoy, ¿qué hacen?
lanzan al abismo el tren:
carros, caballos, furgones,
todo rueda á nuestros piés.
Cunde el terror, recobramos
la desmayada altivez,
y á los gritos espantosos
de aquella horrible babel,
tu padre se multiplica
para matar y vencer.

Llano y monte se convierten
en un volcan; por do quier
salta la sangre á raudales;
nos batimos con los piés,
con las manos, con los dientes,
con los ojos, con la hiel
conque se baten los hombres
cuando defienden su ley.

Y por fin; Jaime, triunfamos,
tornando por nuestro pie
si nó los cien que salimos,
doce ó trece de los cien;
pero llevando en la mano
tu padre el giron aquel,
emblema de nuestra España,
que aunque en girones tambien,
¡vive Dios! no ha de rendirse
ni ha de domar su altivez,
pese á Francia, pese al mundo
y pese al mismo Luzbel.

JAIME. Dios sea loado!... ¡Y yo
aquí sujeto!...

NOY. ¡Pardiez!
Bravo estuvo el hombre! Vale
más oro que hay en Argel.

JAIME. Y dónde está?

NOY. Rodeado
de medio Gerona... ¡Á ver?
Me parece que se acercan, (Escuchando.)
él debe ser, justo, él es.

JAIME. Ah! Bendito sea el cielo!

(Se abalanza á la puerta del fondo.)

ESCENA IV.

DICHOS y D. PEDRO.

D. Pedro trae en la mano una bandera medio arrollada á un pedazo de asta. Jaime va á abrazar á su padre, y éste le detiene.

JAIME. Padre!

PEDRO. ¡Gracias!

NOY. (Ap.) (Voto á cien!
Vaya un gesto de vinagre!)

JAIME. ¿Está usted herido?

PEDRO. (Con intencion.) ¡Tal vez!

NOY. Señor!...

JAIME. Padre, ¿á ver la herida?

PEDRO. No te canses!... No se ve!
(Al Noy.) Vete.

NOY. ¿Cómo que me vaya?

PEDRO. Ya nos veremos despues.

NOY. Pero señor, yo quisiera...
(Viendo el gesto impaciente de D. Pedro.)
Ya voy, no se enfade usted.
(D. Pedro deja sobre la mesa la bandera y una pitola que traerá al cinto.)
(Demonio! Aquí una lucha mayor que la del francés.) (Váase.)

ESCENA V.

D. PEDRO, JAIME.

PEDRO. No há muchas horas aquí,
creyendo viva una afrenta,
me pediste airado cuenta
de tu honor; no te la dí...
que en aquel triste momento
darte cuenta no podía...
Aún vindicado no había
la falta de un pensamiento.
Yo con espanto escuché

los gritos de tanta madre,
y quise evitar...

JAIME. Oh, padre!

PEDRO. Sé que hice mal, ya lo sé.
Pero si en horas menguadas
tuve ideas... imprudentes,
disipan hechos presentes
las intenciones pasadas.
Bien hizo tu alma impetuosa
en pedirme con ardor
cuentas de tu honra: el honor
es una herencia forzosa.
Ser que imprime aquí su huella
en una vida querida,
debe darle con la vida
lo que hay de grandioso en ella.
Si cumplí con esta ley
según tu ardiente deseo,
hable por mí aquel trofeo
de mi patria y de mi rey.
¡Prenda en mi sangre bañada!
Mañana cuando me muera,
en esa rota bandera
verás tu herencia sagrada.
Ya ves que tu honor te fío;
mi obligación no rehuyo:
¡cuentas te he dado del tuyo!
¿Qué cuentas me das del mío?

JAIME. Amor que nació tenaz,
por ser mi ilusión primera,
en la gentil primavera
de la existencia fugaz.
Que ansioso de merecer
alto renombre en la historia,
quiso brillar con la gloria
de la patria y del deber,
y en la primera jornada
quedó en el campo desierto,
muerto para el mundo... y muerto
para su padre y su amada.
Amor que en extraña tierra,
en vez de morir opreso,

agigantándose al peso
de las leyes de la guerra,
luchó sin tregua ni calma
á pesar del torpe yugo,
—porque aún no nació el verdugo
del pensamiento y del alma.—
Amor que logró romper
el hierro que le oprimía
para volar á María,
aliento y ser de su ser,
única dicha soñada
en su existencia angustiosa,
y en vez de encontrarla esposa
la halló de madre prestada.
Ese amor sabrá callar
y sucumbir resignado;
pero como es tan honrado
no tiene cuentas que dar.

PEDRO. Jaime!...

JAIME. (Con vigor.) Padre, si usted trata
de insistir, vana porfía. (Con arranque.)
Si duda usted todavía,
¿qué hace usted que no me mata?
¡Máteme usted... se lo exijo!
¿Pues qué, se puede sufrir
sin matar ó sin morir
el adulterio en un hijo?

PEDRO. ¿No ves mi horrible inquietud?

JAIME. Ni yo, padre, la he causado,
ni la mujer que ha pagado
tan cara su gratitud.
En los tres vibra el dolor:
sea usted, padre, el primero
en soportar el severo
fallo de un Juez superior.

PEDRO. (¡Lucha horrible!)

JAIME. ¡Ay, padre mio!
permítame usted que un momento
penetre en su pensamiento
aterrador y sombrío.
No es verdad que ante la valla
que entre los dos debe alzarse

tiembla usted?... Que al revelarse
la ardiente pasión que estalla
dentro de su pecho herido,
luchan, en combate interno,
el amor del padre tierno
y el nuevo amor del marido?

PEDRO.

¿Nuevo amor?

JAIME.

Por ley forzosa,
que es bien que en el mundo rija.
Usted amaba á una hija,
hoy ama usted á una esposa.
El corazón dá al olvido
el placer que tiene al lado
y codicia el bien logrado
cuando le juzga perdido.

PEDRO.

¡Ah!

JAIME.

(Con calor.) De nuestro inmenso amor
surgen mortales desvelos;
ruge el volcán de los celos,
habla la ley del honor.

PEDRO.

No ves que ahogándome estás?

JAIME.

¡Padre mío... es necesario
llegar al fin del calvario!
No nos veremos jamás.

PEDRO.

Jaime!

JAIME.

(Con resolución.) Jamás!

PEDRO.

En pedazos
siento el corazón partido!

JAIME.

La suerte así lo ha querido.

PEDRO.

Rotos por siempre estos lazos!...

JAIME.

(En voz baja y con vigor.)
Cree usted que debo yo
seguir un sólo momento
cerca de aquel aposento
donde ella respira?

PEDRO.

(Con entereza.) No.

JAIME.

¿Que debo alejarme?

PEDRO.

Sí!

JAIME.

Ahora mismo!

PEDRO.

(Vacilando con desesperación y angustia.)
¡Oh... desgraciado!

JAIME.

Queda el abismo salvado.

PEDRO. (Llorando.) Jaime!

JAIME. (Rápido y con calor hasta el final.)
Padre mio, así
vendrá la perdida calma
á su corazon herido,
viendo que yo no he podido
ser infame.

PEDRO. (Rápido.) No!...

JAIME. Que mi alma
no alimenta vil pasion...

PEDRO. ¡Ah, perdon!

JAIME. Que no es impía...

PEDRO. ¡No!...

JAIME. Padre del alma mia!

PEDRO. (Precipitándose en sus brazos.)
¡Hijo de mi corazon!

ESCENA VI.

DICHOS, D. MARIANO, el BARON y el NOY.

D. Mariano y el Baron se detienen en la puerta del foro.
En el mismo momento sale rápidamente el Noy por la
izquierda.

PEDRO. (Viendo al general.)
Cielos!

JAIME. Quién!

PEDRO. El general.

NOY. Señor!

PEDRO. Te habrás ocupado
del suceso inesperado
de esa acusacion fatal?

JAIME. ¿No le ha dicho á usted el Noy?...

PEDRO. Nada.

NOY. Facilito era,
metido en la pelotera
del ataque del convoy!
Pero el pez está en la mano!
No tema usted que se escape.
Va á moverse un cipizape...

PEDRO. Mas...

- NOY. Sepa usted...
- JAIME. Don Mariano!
- (Todo esto en voz baja y muy rápido. Se adelantan D. Mariano y el Baron.)
- MAR. Don Pedro!
- PEDRO. Mi general!...
- MAR. Permita usted que le abrace!...
Así se lucha, eso hace
un hombre honrado y leal.
El rey sabrá su heroísmo,
y la patria agradecida
dará bien pronto cumplida
recompensa á su civismo.
- PEDRO. Por Dios... usted me sonroja.
Ya es recompensa sobrada
aquella prenda sagrada
que está con mi sangre roja.
- MAR. Es muy cierto!
- NOY. Eso es hablar!
- MAR. Ahora, dejando este punto,
tratemos del otro asunto
que es necesario zanjar.
(Momento de ansiedad, D. Mariano á Jaime.)
El plazo ya ha transcurrido
con exceso!
- JAIME. Sí señor.
- MAR. ¿Conoce usted al traidor
que al francés nos ha vendido?
- NOY. Ya lo creo!... y probaré
que es inocente
- MAR. (Severo.) Buen hombre,
¿quién le habla á usted?
- NOY. (¿Por mi nombre!)
- MAR. Vamos, ¿lo sabe usted ya?
- JAIME. Mi general!... (Dudoso.)
- NOY. (Atónito.) (No comprendo
por qué calla!)
- PEDRO. (Con ansiedad.) Hijo del alma,
defiéndete.
- NOY. Justo.
- BARON. (Calma!
Calma y prudencia ó me vendo.)

MAR. Es preciso que usted hable!

JAIME. Pues bien, sí señor.

BARON. (Con mucha intencion.) Es claro,
no comprendo ese reparo
en delatar al culpable,
cuando tú debes tener
una prueba fehaciente
que condene al delincuente.

JAIME. (Recordando.)
(Es verdad!... qué iba yo á hacer!)

MAR. Hable usted.

JAIME. (Resuelto.) Mi general,
espero el justo castigo.

PEDRO y el NOY. ¡Eh!

JAIME. Yo dije al enemigo!...

PEDRO. Oh!

JAIME. Yo soy el criminal!

PEDRO. Ah! no es posible, señor.
Á mí me ha dicho hace poco...

NOY. (Con arrebató.) (Este muchacho está loco!)

PEDRO. Él no puede ser traidor.
(Jaime estará colocado en el centro de la escena, á
su derecha D. Pedro y á su izquierda el Noy.)

NOY. (Por el alma de mi madre!)
Yo voy á saltar la valla
y á decirlo todo...

JAIME. (Conteniéndole y con voz baja y enérgica.)

Calla!

ó das la muerte á mi padre!

NOY. (Aturdido.) ¿Cómo?

PEDRO. (Al Noy con ansiedad.) ¿No me has dicho tú
há poco, que conocías
al traidor, y que sabías
su nombre?

NOY. (Dudoso.) (Por Belcebú!)

PEDRO. Habla, Noy, y en cuenta ten...

NOY. Yo no callo!

PEDRO. Habla en seguida.

JAIME. (Bajo al Noy y conteniéndole.)
(Si hablas, le cuesta la vida,
que ha sido traidor tambien.)
(Asombro y estupefaccion en el Noy.)

Este hombre se ha equivocado;
me ha conocido de niño,
y le ciega su cariño.

PEDRO. Hijo mio!

MAR. ¡Desgraciado!

NOY. (Mare de Deu! el furor
me irrita de tal manera...)

PEDRO. Consentirá usted que muera? (Á D. Mariano.)

MAR. Fusilado por traidor. (Con entereza.)

PEDRO. Tú morir en un suplicio?

(Mirando al Baron.)

(Callar, cuando yo podía...)

PEDRO. Hijo! (Como interrogándole.)

JAIME. Padre! (Oh! Madre mia!

Premia tú mi sacrificio.)

(Rumor fuera. Toques de llamada, etc. El Noy corre á la ventana. Desde este momento se oirá á intervalos el ruido del cañon.)

MAR. ¡Qué es eso? Tocan llamada!

BARON. Qué confusion, qué alboroto!

NOY. Señor, el fuego se ha roto;

vá la gente apresurada

hácia la brecha.

MAR. (Yendo á la puerta.) Oh! veamos.

ESCENA VIII.

DICHOS, un AYUDANTE.

(El Ayudante dá un pliego á D. Mariano.)

MAR. Quién? Un pliego de Quiñones.

(Leyendo.) «Nos atacan. Municiones.»

Vamos allá. ¡Qué esperamos?

Don Pedro, ya lo oye usted.

Cartuchos!

BARON. (Rápidamente.) De ellos me encargo!

(La pólvora está á mi cargo.

Ya el peligro conjuré.)

JAIME. Señor, por lo más sagrado. (Á D. Mariano.)

Permítame usted que muera

defendiendo mi bandera

como español y soldado.

- MAR. Usted convicto y confeso?
JAIME. Señor!
MAR. Es vano que insista.
(Al Ayudante.) Centinelas á la vista.
Este hombre queda aquí preso.
PEDRO. Don Mariano, yo le exijo...
MAR. Don Pedro, usted á luchar:
vaya usted á reparar
las traiciones de su hijo.
PEDRO. Jaime!
JAIME. Padre! en Dios espero!
mitigue usted su honda pena!
MAR. Don Pedro, el cañon retruena.
La patria aquí es lo primero.
(D Pedro vacila un momento, pero ante la imponente actitud de D. Mariano sale por el foro. Don Mariano le sigue, Jaime se deja caer con desesperacion en una silla. Este final se recomienda á los directores de escena.)

ESCENA IX.

JAIME y el NOY.

- NOY. (En voz baja y con extraordinario asombro.)
¿Conque tambien fué traidor
tu padre?
JAIME. (Alzándose severo.) Débil no más.
NOY. Quiso vendernos?
JAIME. (Con energía.) Jamás.
Quiso evitar tanto horror
á esta ciudad desdichada
y aunque la intencion fué buena...
NOY. Hay algo que le condena?
JAIME. Una carta malhadada.
NOY. Qué tiene?...
JAIME. Sí.
NOY. Maldicion!
Mas yo arreglaré este lio.
JAIME. Cómo!
NOY. Arrancando á tu tio
la carta y el corazon.

- JAIME. Oh! Calla! Qué insensatez!
¿Le quieres asesinar?
- NOY. ¿No se trata de arrancar?
¡arranquemos de una vez!
- JAIME. Nunca.
- NOY. ¿Cuando nos oprimen
tantas penas, tantos duelos,
no quieres?... ¡Viven los cielos!
- JAIME. El crimen no excusa el crimen.
- NOY. Escápate.
- JAIME. Está empeñada
mi palabra y soy honrado.
- NOY. Pero morir fusilado
es una barrabasada
que... ¡vamos! No puede ser.
No quiere eso mi cariño.
¿Lo ves? Lloro como un niño!
Te he conocido nacer,
te he mecido en mis rodillas,
luégo contigo he jugado,
y mil veces he secado
el llanto de tus mejillas.
- JAIME. Es verdad.
- NOY. Por eso, no
quiero que te maten... ¡Quiá!
Esto es imposible!
(Como asaltado repentinamente por esta idea.) Ah!
Dí que el culpable soy yo.
- JAIME. ¿Qué?
- NOY. Yo no tengo mujer,
ni chicos, ni patrimonio,
ni nombre, en fin... ¡qué demonio!
nada tengo que perder!
- JAIME. (Conmovido, abrazándole.)
Noy!... Imposible!
- NOY. ¿Qué escucho
No presumas que estoy loco
ni que mi honor tengo en poco.
Esto es... que te quiero mucho!
- JAIME. Estimo tu lealtad,
mas...
- NOY. ¡Cargue el diablo conmigo!

- Mira, chico, que lo digo
de muy buena voluntad.
- JAIME. Basta, Noy.
- NOY. Pues no comprendo...
- JAIME. Si tú en mi caso te halláras,
tú que eres noble ;aceptáras,
lo que me estás proponiendo?
- NOY. (Entre dientes.)
Yo... á la verdad... puede ser...
Creo que no te denigro
con...
- JAIME. Gerona está en peligro.
Vé á cumplir con tu deber.
(Se deja caer en un sillón.)
- NOY. (Después de vacilar un momento.)
(Y pensar que ese cobarde
se halla tan sano y robusto...
Mas yo le daré un disgusto!
Nunca para el bien es tarde.)

ESCENA X.

JAIME.

- JAIME. (Hondamente preocupado.)
Pasar con fingida calma
horas de lenta agonía...
Ver aproximarse el día
llena de horrores el alma,
y entre angustias lastimeras
ir al suplicio sangriento,
seguido del pueblo hambriento
de mis congojas postreras.
;Cómo lo he de consentir
teniendo un arma homicida
que puede librar mi vida
de tanto y tanto sufrir!...
Jamás, jamás, imposible!
(Coge la pistola que dejó sobre la mesa D. Pedro en
la escena tercera.)
Se nubla mi inteligencia
con la tenaz violencia

de este dolor insufrible:

(Agitándose por grados.)

Yo venceré la impiedad
del impalpable asesino
que llaman unos destino,
los otros fatalidad.

No espere que en calma aguarde!...

Ya verá como desato
su horrible yugo.

(Monta la pistola. Al ir á aplicársela á la sien.
por un movimiento de dignidad, la arroja sobre la
mesa.)

¡Insensato!

Alma cobarde!... cobarde!...

(Levantándose.)

¿Cómo has llegado á olvidar
que aquí has venido á sufrir
y que no puedes morir,
y que tienes que luchar?

No. La muerte no podría
libertarte de ese yugo:
tú no tienes más verdugo
que tu propia cobardía.

Alza tu vuelo inmortal,
sufre esforzada y valiente...

¿por qué, si eres inocente
vas á hacerte criminal?

—¡Señor, beberé las heces
del cáliz que me has mandado!...

Yo moriré deshonorado,
¡qué es morir, Señor, dos veces!

Si el mal mi padre causó
honra mía es defenderle,
y obligacion devolverle
la existencia que me dió!—

Mañana, quizá, al teñirse
el cielo de resplandores
al son de roncós tambores
veré, inocente, cumplirse
la ley que me condenó!

Tambien tus horas postreras
fueron horribles... y Tú er as

más inocente que yo!...

(Vuelve á caer en la silla. Despues de una breve pausa, el Baron se presenta en la puerta del fondo, trémulo, azaroso y con el traje algo descompuesto.)

ESCENA XI. (1)

JAIME, BARON.

BARON. (Ya he comenzado mi obra:
pronto estallará el coraje
del populacho!... Mi vida
corre riesgo en este trance
y aquí estaré más seguro.
No tengo dónde ocultarme!
(Rumor lejano.)

JAIME. ¿Qué es eso?

BARON. (Ruge la fiera!
Ya está empeñado el combate.)
(Abalanzándose con ansiedad á la ventana.)

JAIME. Creo que son esos gritos
de muerte.

BARON. De muerte, Jaime.

JAIME. Usted!

BARON. Yo soy.

JAIME. ¿Qué sucede?

BARON. Que se acerca el desenlace
de esta terrible epopeya.

JAIME. ¿No le comprendo.

BARON. Que ántes
de alborear la mañana,
cruzarán por esas calles
los hijos del César.

JAIME. ¡Cieguen
mis ojos primero!

BARON. En balde
te fatigas.

JAIME. Pero quién
es usted que así me trae

(1) Véase la nota al final del drama.

despues de la vil deshonra,
la angustia, el martírio?

- BARON. Jaime,
yo soy un hombre que marcha
con decision inmutable
á un fin, venciéndolo todo
aun á costa de su sangre.
Te pusiste en mi camino,
te anulé y seguí adelante.
- JAIME. Gerona! Pueblo querido!
Qué hecatombe! ¡Cuántos mártires!
- BARON. No temas nada; Augereau
vendrá muy pronto á salvarte.
- NOY. (Dentro.) ¡Muera el Baron!
- VOCES. (Idem.) Muera!
- BARON. ¡Cielos!
- NOY. ¡Por aquí! (Más próximo.)
¡Cristo me ampare!
- JAIME. Justicia de Dios!
- BARON. Ya vienen!
Paso. (Queriendo salir.)
- JAIME. (Interponiéndose.) De aquí no se sale.
- BARON. Oh!
- JAIME. Gane usted esta puerta
luchando en mortal combate
conmigo.
- BARON. (Sacando una pistola.) ¡Sí, vive Cristo!
(Jaime va á coger la que dejó sobre la mesa. En
este instante se presenta en la puerta del fondo el
Noy seguido de varios hombres del pueblo.)
- NOY. Aquí.
- BARON. Maldicion! Ya es tarde!
(Arroja la pistola.)

ESCENA XII.

DICHOS, el NOY y PUEBLO.

- NOY. Al fin cayó en nuestras manos
el Iscariote... Adelante!
- JAIME. (Con energía, escudando al Baron.)
Atrás!

- NOY. Jaime!
- JAIME. Atrás, repito.
¿Qué vais á hacer?
- NOY. (Enseñando á Jaime unos cartuchos.)
Á matarle!
- Mira, cartuchos de tierra.
- JAIME. Oh! traicion abominable.
- NOY. El verdugo de Gerona!
Quien tal hizo, que tal pague.
- JAIME. (Conteniéndolos.)
No hay en la ciudad justicia?
No existen ya autoridades?
- NOY. Pero y tu venganza? Olvidas
las hazañas de este infame?
- JAIME. No necesito asesinos
para vengar mis ultrajes. (Rumores.)
Lo dicho, dicho; esas manos
que defienden los hogares,
la independencia y la patria,
van á teñirse en la sangre
de un hombre indefenso?... Nunca.
Eso en vosotros no cabe,
pues para accion tan pequeña
teneis el alma muy grande.
- NOY. Lo dices de una manera...
Ah! ya está aquí el ayudante
de don Mariano. Respiro;
temía que se escapase!...

ESCENA XIII.

DICHOS, UN OFICIAL y SOLDADOS.

- BARON. Presumo á lo que usted viene. (Al oficial)
Ya le sigo. (Á Jaime, con sequedad.)
¡Gracias, Jaime!
—Ten esta carta.
- JAIME. Ah!
- BARON. Esta carta
es la vida de tu padre.
Dentro de pocos momentos
dejaré de vivir. Antes

veré á don Mariano: ansío
probar al mundo, y probarte
que si he llegado hasta el crimen,
tuve en los supremos trances
el valor de cometerle
y el valor de confesarle.
Jaime, adios.

JAIME. Él le perdone.

BARON. (Con orgullo.) El paso franco dejadme.
(Augereau!... Torpe.) Marchemos

NOY. (Al pueblo.) Idos, muchachos ¡qué diantre!
Ya ese hombre no es de esta vida
y debemos respetarle.
(Vánse ménos Jaime y el Noy.)

ESCENA XIV.

JAIME y el NOY.

JAIME. (Quemando la carta que le dió el Baron.)
Me está abrasando las manos.

NOY. ¿Qué estás haciendo?

JAIME. Arde... arde,
fiera y terrible amenaza
de la vida de mi padre.

NOY. Me vuelves el alma al cuerpo...

JAIME. Cómo?

NOY. Que yo, en un arranque,
al ver lo de los cartuchos
de tierra, lancéme á escape
en busca de don Mariano,
y le dije que el causante
de todas nuestras desgracias
era tu tio... Qué diantre!...
Es necesario, ante todo,
que el inocente se salve.

JAIME. Pero ¡y Gerona?

NOY. Gerona!

Ya saldrá de estos afanes,
que aunque nos faltan cartuchos,
mientras de aquí no nos falte,
(Señalando al corazon.)

no pisará el enemigo
una sola de estas calles.
Ya ves, esta misma noche
se ha rechazado otro ataque;
y ántes de poco, tendremos
municiones abundantes,
cobraremos nuevos bríos,
cundirá por todas partes
nuestro ejemplo, y si Dios quiere,
ántes de que el año acabe,
pondremos los españoles
con unas letras muy grandes
en los altos Pirineos
este letrero: «Aquí yacen
los quinientos mil franceses
mandados por Bonaparte.

ESCENA XV.

DICHOS Y D. PEDRO.

PEDRO. Hijo... hijo mio... victoria!
JAIME. Señor!
NOY. Que ha ocurrido?
PEDRO. Abrázame.
Ya está en claro tu inocencia.
JAIME. Cómo?
PEDRO. En este mismo momento
ha declarado mi primo
todas sus tramas y planes
el general te levanta
tu arresto.
JAIME. Oh!
NOY. Bien. ¡Voto al draque!
JAIME. Y usted ha visto á mi tio!
PEDRO. Aquí mismo, junto al Parque.
NOY. Y...
PEDRO. Morirá fusilado!
Pobre!
NOY. *Requiescant in pace.*
JAIME. De manera, padre mio,
que puedo al fin alejarme

de esta casa?
NOY. ¡Cien centellas!
PEDRO. Hijo del alma!
JAIME. Adios, padre.
Voy á ponerme á las órdenes
del general: lo que él mande
haré; mas sea cual fuere
el término del combate,
si en él no muero, mis ojos
mirarán siempre adelante. (Con intencion.)
PEDRO. Hijo... hijo mio!
JAIME. Bendígame
usted...
PEDRO. Oh!
JAIME. Para probarme
que en su alma no quedan dudas.
PEDRO. Dudas de tí?... Espera, Jaime. (Llamando.)
María.

ESCENA XVI.

DICHOS y MARÍA.

JAIME. (Oh! Dios!)
PEDRO. Ven aquí.
Acércate... (María vacila.) Te lo exijo.
MARIA. Qué quieres, Pedro?
PEDRO. Mi hijo
va á despedirse de tí.
Noble y valiente soldado
de nuestra infeliz España,
va á proseguir la campaña
que tanta gloria le ha dado
Por eso parte...
MARIA. Gran Dios!
JAIME. Lo ansío con avidez.
Adios... por última vez.
MARIA. Cumple tu deber. Adios.
JAIME. Padre!
PEDRO. Jaime! (Se abrazan.)
NOY. (Por Luzbel!)
Si yo no fuera tan viejo!

Mas qué diablos! no le dejo!)
(Á D. Pedro.) Señor... yo me voy con él.
Esto es lo que manda Dios.
¡Pues no faltaba otra cosa
que en esta jornada honrosa...
le dejáramos los dos.
(Á Jaime.) Á luchar y venceremos.

PEDRO. Nuestra honra está satisfecha!

JAIME. Ahora á la brecha!

NOY. Á la brecha.

MARIA. Ay!

PEDRO. Todos, todos tenemos
algun deber que cumplir.

MARIA. Jaime, yo sabré rezar.

JAIME. Padre, y nosotros luchar (Con fuego.)
hasta vencer ó morir.

(Jaime coge la bandera y sale de escena, seguido
del Noy. D. Pedro avanza hasta la puerta.)

ESCENA ÚLTIMA.

MARIA, D. PEDRO.

MARIA. Ah! ya se fué! (Fijándose en D. Pedro.)
(¡Santo Dios!

que no vea mi agonía!)

PEDRO. (Tendiendo los brazos á Maria y haciendo resaltar
la frase, «hija mia.»)

En mis brazos ¡hija mia!

Lloremos juntos los dos!

(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

NOTA.

Á ruego de algunos amigos insertamos el final que habíamos dado de primera intencion á este drama. Á ellos les parece más dramático; nosotros le hallamos ménos lógico.

Esta divergencia de opiniones responde á la crisis porque está atravesando el Teatro.

Firmes en nuestra opinion, hacemos constar, sin embargo, que nos ha sido más fácil hallar la catástrofe que evitarla.

ESCENA XI.

JAIME, BARON.

BARON. Ya he comenzado mi obra!
pronto estallará el coraje
del populacho! Mi vida
corre riesgo en este trance...
y aquí estaré más seguro.
¡No tengo dónde ocultarme! (Rumor lejano.)

JAIME. ¿Qué es eso?

BARON. (Ruge la fiera...
Ya está empeñado el combate.)

JAIME. (Abalanzándose con ansiedad á la ventana.)
Creo que son esos gritos
de muerte.

BARON. De muerte, Jaime!

JAIME. Usted!

BARON. Yo soy.

JAIME. ¿Qué sucede?

BARON. Que se acerca el desenlace
de esta terrible epopeya.

JAIME. No le comprendo...

BARON. Que ántes
de alborear la mañana,
cruzarán por esas calles
los hijos del César.

JAIME. Cieguen
mis ojos primero!

BARON. En balde
te rebelas.

JAIME. Pero ¿quién
es usted, que así me trae,
después de la eterna infamia,
la angustia, el tormento?

BARON. Jaime,
un hombre que marcha siempre
con decision inmutable!
Te pusiste en mi camino,
te anulé y seguí adelante.

JAIME. Gerona! Pueblo querido!
¿qué hecatombe! ¿cuántos mártires!

BARON. España está muerta!

JAIME. ¡Muerta!

Mentira, mentira infame!
El mundo entero vendría
sobre España á desplomarse
y España de sus escombros
renacería pujante,
porque una nacion con honra
no puede ser un cadáver.

NOY. (Dentro.) Muera el Baron.

VOCES. (Id.) ¡Muera!

BARON. Cielos!

NOY. (Dentro.) Per aquí!

BARON. ¡Cristo me ampare!

JAIME. ¡Justicia de Dios!

BARON. (Queriendo huir.) ¡Ya vienen!
(Á Jaime que le intercepta la salida.)
Paso.

JAIME. (Cogiendo de la panoplia una espada.)
De aquí no se sale!

BARON. Vive Dios! (Sacando una pistola.)

JAIME. No me intimida
la muerte!

BARON. Pues Dios te ampare!

(El Baron dispara sobre Jaime al mismo tiempo
que aparece D. Pedro en la puerta del fondo.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, D. PEDRO, despues MARÍA, el NOY y
PUEBLO.

PEDRO. (Llevándose la mano al pecho y dando dos ó tres
pasos vacilante.)

Jesús!

JAIME. (Recogiéndole en sus brazos.)

Padre!

PEDRO. Ay!... ¡Hijo mio!

NOY. (Dentro.) ¡Muera!

VOCES. (Con furia.) ¡Muera!

MARIA. (Saliendo por la derecha y dando un grito agudo)
Pedro!

JAIME. (Rápido á María, señalando al Baron.) Atájale
á ese hombre.

MARIA. (Cortando el paso al Baron.)

¡Atrás!

BARON. (¡Soy perdido!)

NOY. (Saliendo con el pueblo desbordado.)

¡Ah! por fin llegué á encontrarle.

MARIA. (Dirigiéndose á su marido, que habrá colocado
Jaime en un sillón cerca de la mesa, de modo que
no pueda ver su cara el espectador.)

Pedro! Pedro!

NOY. (Deteniendo el ímpetu del pueblo y mirando al Ba-
ron con irónica alegría.)

¡Ya caiste

en mi poder! (Reparando en D. Pedro.)

¡Oh!... ¡Cadáver!

Tú has sido, sí... lo conozco.

—¡Qué nos detiene? ¡Arrastradle!

El verdugo de Gerona.

Quien tal hizo que tal pague!

VOCES. ¡Muera! ¡muera!
(Todos se precipitan sobre él. Vánse tumultuosamente por la puerta del fondo. Los gritos se extinguen poco á poco. Pausa.)

ESCENA XIII.

JAIME, MARÍA.

JAIME. Noche horrible!

MARIA. (Con voz apagada.)

¡Horrible!

(María espantada se pone de pie. Los dos se miran un momento.)

JAIME. ¡María!

MARIA. ¡Jaime!

JAIME. (Con solemnidad.)

Estos queridos despojos
descansen libres de agravios...
Mudos estén nuestros labios,
mudos también nuestros ojos.
En tan solemne momento,
alcemos la eterna valla:
yo en los campos de batalla,
tú en el rincón de un convento
rezando por él á Dios.

MARIA. Lo ansío con avidez.

JAIME. Adios... por la última vez.

MARIA. Por la última vez, adios.

(Cae de rodillas á los pies de D. Pedro.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, NOY.

NOY. Jaime, cumpliése en conciencia
la ley... todo ha concluido,
las cartas he recogido
que publican tu inocencia.
Ya lo sabe el general;
libre estás... conque al avío.
La vil trama de tu tío

nos pone en trance mortal.
Presume el francés que así
va á entrar! se equivoca mucho,
no tenemos un cartucho,
pero tenemos de aquí.

(Señalando el corazon.)

El general no se arredra:
está, con su genio brusco,
pegado como un molusco
á aquel murallon de piedra.

(Dándole la bandera.)

Conque toma este pendon
y á morir... Es necesario!

JAIME. Me servirá de sudario.

NOY. (Con brío.) De sudario y de blason.
Vamos su muerte á vengar.

JAIME. Padre mio! en paz reposa.
Esta es la herencia forzosa
que á mi patria he de legar.

(Salen por el foro. María sigue arrodillada ante el
cadáver de D. Pedro. Cae el telon.)



3 0112 117453651